

pues de haberse fastidiado de los honores que les prodigó el mundo sensual, al verse al borde del sepulcro y heridos de Dios en su última enfermedad, clamaron al cielo, y confesaron sus crímenes á los piés de un sacerdote de aquel Dios que ántes fuera el objeto de su irrisión. Si los hombres no fueran idólatras de su propia razón, les diría que todo un autor del *Espíritu de las leyes* se confesó en su última hora y retractó sus errores, arrepiñtiéndose de no haberse confesado toda su vida. Otro tanto quisieron hacer los hombres ilustres de la impiedad del siglo pasado; pero ¿lo consiguieron? No hablamos de hechos antiguos; la historia es bien reciente; despreciaron la confesion en la vida, y cuando se quisieron reconciliar con Dios para morir, este Dios justo permitió que las causas segundas impidiesen la llegada de un sacerdote al lecho de los impíos, y, en justo castigo del desprecio que ostentaron de la Religión, murieron desesperados.

Vista, pues, la utilidad y necesidad absoluta de la confesion, os pregunto con Jesucristo: *Vis sanus fieri?* «¿Quereis sanar? Padres de familia, que habeis introducido el desórden en otras familias por vuestros desarreglos: *vis sanus fieri?* Mujer profana, por cuyo hijo desenfrenado está empobrecida la casa que Dios entregó á tu cuidado, y por esto has abandonado tus obligaciones: *vis sanus fieri?* ¿Quieres salir de ese estado de perdicion, hombre de Estado, que pasas las noches enteras en meditar mejoras para los pueblos que están á tu cargo: *vis sanus fieri?* Jóven licenciado, embriagado en las ideas de libertad, y que desprecias como fanatismo toda práctica religiosa: *vis sanus fieri?* Jóven ilusa, que, embebida en las novelas y romanticismos, no piensas sino en los aliños de un cuerpo que no es más que basura: *vis sanus fieri?* ¡Pecadores! Todos estais enfermos, todos os hallais en un estado fatal; vuestras almas no viven á la gracia, estais

sin fuerza alguna para servir á Dios. ¿Quereis salir de ese estado peligroso para vuestras almas? *vis sanus fieri?* Jesucristo os ofrece la curacion de todos vuestros males por medio de la confesion. Decid que sí, y todo está hecho, pues la gracia no os faltará; pero ¿qué decís? ¿Respondéis, como el paralítico de treinta y ocho años: *Non habeo hominem?*

«No me es posible,» dice el hombre que presume de su ciencia vana y de su poder: *Non habeo hominem.* ¡Qué! ¿me humillaré á los piés de un hombre como yo á descubrirle mis pecados?» No te engañes, hombre altivo; el sacerdote, en el tribunal de la Penitencia, hace las veces de Dios; te oye en nombre de Dios; te aconseja, te reprende y te da penitencia en nombre de Dios. Su mision es divina, y Jesucristo, al darle la facultad de absolver, le ha dicho: «Como me envió mi Padre, así os envió Yo.» *Sicut missit me Pater, et Ego mitto vos.*

«No me es posible, dice el avaro, el deshonesto, el maldiciente y el calumniador. *Non habeo hominem.* Yo no encuentro sacerdotes acomodados á mis ideas...» Lo creo. ¡Qué! ¿Quieres venir á los piés de un ministro de pobreza evangélica que autorice tus rapiñas y tus usuras, y que no reprenda los medios ilícitos con que has amontonado el oro? ¿Quieres, hombre impúdico, que el sacerdote consienta á tus disoluciones, que no te arguya esos crímenes que has perpetrado, causando el deshonor de muchas familias? Lo creo: *Non habeo hominem.* Jamás encontrarás un ministro acomodado á tus ideas, pues creemos que no se encuentren mónstruos semejantes; y si los hubiere ¡oh Dios santo! caiga sobre él vuestra indignacion; poned su porcion con los apóstatas: *Non habeo hominem.* ¿Querrias, mujer profana, encontrar un sacerdote que te consintiese esos libros impíos, esos adornos indecentes, esas desnudeces escandalosas con que ultrajas el pudor, profanas el templo é incitas á deshonesti-

dad? No, no encontrarás tales ministros: *Non habeo hominem*. Quisiera el maldiciente cuya lengua ha derramado más veneno que la serpiente, el calumniador que ha denigrado la fama de su prójimo, encontrar un ministro que callase y disimulase: pero no, no lo encontrarán: *Non habeo hominem*. «Yo no tengo hombre,» dicen muchos jóvenes; y tienen razon, amados míos; no tienen quien los enseñe, quien los conduzca á los piés del ministro de paz, y yo puedo dar testimonio, pues he encontrado jóvenes en vuestra ciudad que aún no han comulgado á los diez y seis años: *Non habeo hominem*. «No tengo quien me acompañe;» y tienen razon; en otros tiempos, llegado el tiempo de Cuaresma, el padre iba á la iglesia con sus hijos, la madre con sus hijas; hoy ya no es moda; si hay teatros y diversiones, aunque sea en Cuaresma, se les permite ir, porque son jóvenes y es necesario que se desahoguen; pero ¡á la iglesia! ¡al tribunal sagrado! Eso era bueno para los tiempos en que los hombres eran ignorantes. ¡Siglo condenado por la Sabiduría eterna y entregado á tu sentido réprobo: *Non habeo hominem!*

Jesucristo no os pregunta eso; os dice si quereis sanar; y si os decidís, obedeced á su voz, *tolle gravatum*, tomad ese enorme peso de pecados que gravita sobre vuestras almas; purificadas en la sagrada Piscina de la confesion, aparecerán puras y limpias, y empezareis á marchar con paso de gigante por el camino de la virtud, hasta que llegueis al templo santo y deis al Médico celestial gracias por toda la eternidad. Amen.

## EXHORTACIONES

### PARA LA COMUNION

ANÁLOGAS Á

#### LAS PARTES DEL SACRIFICIO DE LA MISA.

##### I.

«Salid, siervos míos, salid á las calles y obligad á cuantos encontréis para que vengan á mi cena.» Así habló aquel Padre de familias que preparó un convite espléndido, suntuoso, en el cual nos figuró Jesucristo el soberano banquete en que Él se da á sus amigos. ¡Oh bondad infinita la de este Dios benignísimo! Había convidado á su mesa á muchos que parecían amigos suyos, quienes debían corresponder á tan generosa oferta; pero ocupados en negociaciones particulares, se excusaron unos, se negaron abiertamente otros, y entónces mandó á sus siervos que sin demora saliesen á buscar indistintamente á cuantos se hallasen en las plazas, fuesen débiles, fuesen estropeados, para que se llenase su mesa.

Pecadores: vosotros sois los favorecidos en este convite; los ministros de Jesus os llaman de parte de este tierno y amoroso Padre para que entreis en su casa, os sentéis en su mesa, os satureis con su cuerpo y os inebrieis con su sangre. Preparad vuestros vestidos, lavad vuestras almas, adornaos con la blanca estola de la gracia, para que seais dignos de entrar en la magnífica sala donde os espera el Rey inmortal; está éste dispuesto á salir; sus ojos van á registrar á los convidados uno